

ga á contemplar su obra: ¡Clavijo muere!

Personas habrá que pongan acaso en duda la moralidad de este drama trazado por la pluma inimitable de Goethe. Yo, respetando la opinión de los que más saben, no puedo menos de hablar en él una lección terrible; una lección que nos dice bien claro que no se alcanza la verdadera grandeza, la gloria verdadera, sino caminando por el sendero de la honradez. Quizá esta representación del fin trágico de Clavijo está de más en la escena: quizá el ambicioso quedaba suficientemente castigado con la furia de sus remordimientos, con la muerte prematura de esta joven amorosa y bella; pero el autor ha querido que así como fueron materiales las consecuencias del crimen, fuese material también el castigo: ha querido, sin duda alguna, imprimir á su obra un sello más enérgico de justicia.

Agosto de 1853.

LA LIMOSNA.



LA LIMOSNA.

I

Es uno de los actos más aceptables á Dios; es el grano que cae en terreno fecundo, y se convierte en árbol donde anidan las aves del cielo.

Mucho alivia por sí sola la limosna el cáncer de miseria que carcome las entrañas de las sociedades modernas, particularmente desde que la filosofía se encargó de reemplazar la caridad cristiana con la filantropía socialista. Desde entonces precisamente hay más pobres, por la sencilla razón de que los ensayos prácticos del comunismo han hecho más desconfiados á los capitalistas, y los oídos, acostumbrados á los gritos de la plebe enfurecida, están sordos á los acentos del hambre y del frío.

Digna es de tenerse presente tal circunstancia, que demuestra la pequeñez é incapacidad de los hombres para enmendar la plana al catolicismo. Abrense talleres nacionales, por ejemplo, para los obreros que carecen de trabajo y que en las calles y plazas se muestran más entusiastas por la reforma, y se cierran para los enfermos los hospitales, arrebatándoles, so pretexto de la desamortización, las propiedades con cuya renta subsistían. Trázanse caminos de hierro y son admitidos á su construcción los hombres robustos y fuertes; pero los adha-cosos, los inválidos, los ancianos, que antes acudían á los conventos por el pán cotidiano, hoy los hayan desmantelados; para pedir limosna en las calles necesitan que la policía les extienda una patente de pobreza, y si no la obtienen, son recogidos á guisa de vagos.

Un filósofo griego aconsejó allá en los buenos tiempos del paganismo, que se diese muerte á cuantos niños naciesen contrahechos, por la poderosísima razón de que no podían ser útiles al Estado. Por inhumano que parezca tal modo de pensar, predomina hoy en el cerebro de los más célebres humanitarios: el bien que tratan de hacer á

sus semejantes, no se funda sino en el interés. Incapaces de comprender la caridad, la desprecian y la acusan de proteger la ociosidad y la vagancia. Antes de hacer bien á un hombre, examinan si es bueno para algo. ¿Puede arar la tierra ó manejar un telar? Protejámosle. ¿Está impedido por su edad por sus enfermedades, ó por la falta de algún miembro? Entonces no hay protección para él. ¿Perezca de hambre, puesto que no es útil al Estado!

II

Hemos dicho recientemente que jamás cierra la alegría el arca de sus tesoros á quien da limosna, ó se consagra de algún modo al bien de sus semejantes. En efecto, apenas hay satisfacción más pura y tranquila que aquella que resulta de la limosna. El recuerdo de que algo hemos hecho en favor de un semejante nuestro, y la convicción de que no somos del todo inútiles á la sociedad en que vivimos, purifican el corazón, é inspiran cierta confianza en nuestras propias fuerzas, que halaga y ennoblece á la vez.

Lector, ¿quieres ver una débil mues-

tra de los efectos de la limosna? Sigue con la vista á aquel joven que sale de su casa distraído y fastidiado en una de las tardías y opacas mañanas de Diciembre. Cae una lluvia menuda y fría, y transida de ella y medio envuelto en traje miserable, alcánzale una mujer anciana y le dice con voz debilitada por el hambre:

—¡Mis hijos no han comido ayer!

El joven da una moneda y sigue su camino. La mujer toma el de su casa después de haberse provisto de pan. Ella y sus hijas se dedicaban á la costura; pero los tiempos son malos y la obra escasea. Uno de los hijos está preso porque le acusan de conspirador; el otro se halla enfermo y baldado. ¡Qué cuadro tan lúgubre presenta el hogar frío y desmantelado! Pero la madre entra con semblante alegre, y les dice:

—¡Dios no nos ha faltado hoy! ¡Traigo pan, hijos míos!

La familia da gracias al cielo y satisface su necesidad. Con la moneda que dió el joven hubo para comprar el pan y una medicina indispensable al enfermo, que se alivió pocas horas después. Hecho esto, sobraba dinero, y la seguridad de que tenían con que alimentarse al otro día, inspiró tran-

quilidad y confianza á la familia. Como una dicha atrae á otra, por lo común, pocas horas después se presentaron costuras que hacer. El trabajo continuó durante muchos días; el enfermo sanó; el preso fué puesto en libertad y se proporcionó nuevos recursos; hubo economía en los gastos; hubo ahorros: con el bienestar volvieron los colores de la juventud y de la belleza al semblante de aquellas pobres muchachas que, andando el tiempo, se establecieron ventajosamente.

¡Dios había bendecido la limosna del joven! Otro día, al encontrarle la anciana en la calle, le refirió la historia de los prodigios obrados por su moneda. Desde entoces el joven no se fastidia, y da limosna á cuantos se la piden.

III

La filantropía socialista es cosa muy distinta de la caridad. Las crónicas contemporáneas nos suministran el siguiente rasgo de uno de los escritores que más han abogado por el establecimiento de talleres públicos y de falansterios; de uno de los escritores

que más han atacado á los ricos y que más han compadecido teóricamente las miserias del pueblo.

Eugenio era en París el escritor de moda. Bien apersonado, esmeradamente educado, y descendiente de una familia aristócrata, realizaba todas estas dotes la gloria que le habían conquistado sus escritos. En efecto, la filantropía nunca tuvo más ardiente apóstol que Eugenio. Si Fourier y Saint-Simón estaban ya casi olvidados en París, las obras de Eugenio habían resucitado sus teorías humanitarias, y desarrollándolas con todos los encantos de la imaginación, del saber, y de una frase elocuente y enérgica, aseguraban su perpetuidad y su triunfo.

Eugenio estaba enamorado á medias de una marquesa viuda, joven y linda, en cuya casa había tertulia todas las noches. En una de ellas, Eugenio había estado más elocuente que nunca, hablando de las obligaciones de los ricos hacia los pobres. La marquesa no quitaba de él sus ojos con cierta expresión de incredulidad y de malicia. La marquesa tenía buen corazón y desconfiaba de la palabrería de su pretendiente. Este continuó perorando después que la viuda se había retirado á su alcoba, pretextando una in-

disposición repentina. Dieron las doce, la reunión se disolvió, y Eugenio tomó á pie y acompañado de un amigo, el camino de su casa.

Llegaba al extremo de uno de los boulevards que necesitaba recorrer, cuando una mujer del pueblo llena de harapos y apoyada contra la esquina, le detuvo tímidamente, diciéndole con voz trémula:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

No dió Eugenio señales de oírla, y continuó su conversación y su camino. La mujer del pueblo se le adelantó y le aguardó en la esquina inmediata. Al pasar Eugenio frente á ella, repitió:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

Entonces Eugenio lanzó una mirada curiosa sobre la mujer que llevaba cubierto el rostro; la dijo desdeñosamente "Perdona," y continuó su camino. Pero la mujer volvió á adelantarse y á esperarle en la otra esquina, repitiéndole de nuevo:

—¡Mis hijos no han comido hoy!

Viéndose tan obstinadamente importunado, enojóse Eugenio, y en vez de dar limosna á la mujer, comenzaba á reprenderla con aspereza, cuando cayó el tapujo, y un rostro lindo, vivaracho y profundamente malicioso, apareció bajo los harapos de la mendiga.

al mismo tiempo que una mano blanca y delgada cogía el brazo de Eugenio.

—¡Cómo!—exclamó el escritor—
¿Sois vos, marquesa?

—¡Soy yo, Eugenio Süe! Soy yo que quise probaros, y que desde este momento desprecio vuestra filantropía con todas sus farsas, y me atengo á la caridad católica. La primera deja perecer al pobre; la segunda le alimenta y consuela. Mi elección no puede ser dudosa. ¡Buenas noches, Eugenio!

Octubre 5 de 1857.

Palabras de Ultratumba.